

SERMÓN QUINTO

(predicado en la iglesia de San Diego, Bogotá, 1885).

El porqué de las especies sacramentales.

Spiritus est qui vivificat... Verba quæ ego locutus sum vobis, spiritus et vita sunt.

El espíritu es el que vivifica... Las palabras que yo os he hablado son espíritu y vida.

Io. 6, 64.

1. ¿Cómo puede ser que esté Dios realmente presente en el Sacramento de nuestros altares, según lo tiene y cree la Iglesia católica con sus trescientos millones de creyentes, y que nada se vea allí que hable y diga á nuestros sentidos: *Aquí está Dios?* Donde los ojos no ven más que un poco de pan y de vino, y el tacto y el gusto y el olfato nada más perciben, ¿cómo es posible persuadirse á que se encuentre, no ya la sustancia de esos cuerpos, sino y el cuerpo y la sangre de Jesucristo, Dios y hombre verdadero? Esto clama la mísera razón, deslumbrada por sus propias luces; y verdaderamente no puede objetarse argumento más débil contra la verdad de la palabra de Dios que un triste: *¿Cómo puede ser?* que es cabalmente la expresión de la ignorancia más completa. Esto mismo, pues no otra cosa se les venía á las mientes, murmuraban escandalizados los judíos carnales al oír la formal aseveración de Jesucristo: *El pan que yo os daré es mi carne por la vida del mundo*¹: *¿Cómo puede éste darnos á comer su carne?*² Pero observad, cristianos, que el sólo no saber cómo sucede un hecho, natural ó sobrenatural, no prueba inmediatamente y de por sí que ese hecho no pueda suceder, ó que sea una ilusión. ¡Cuántos fenómenos no

¹ Io. 6, 52.

² Ibid. 53.

se verifican á cada momento, así en el mundo físico como en el moral, de los cuales no se nos alcanza el modo como suceden?

2. Porque, si se pretende por quien niega la presencia real de Jesucristo en el altar, que no es posible que esté Dios allí presente y oculto al mismo tiempo para todos los sentidos, tal pretensión es evidentemente exagerada, puesto que nada tienen de contradictorio para el sér divino su presencia y su invisibilidad. ¿No está Dios presente en todas partes? Y ¿es visible en alguna? ¿No es un Dios oculto y escondido?¹ ¿Ni cómo habríamos de ver ó sentir al que es espíritu puro? Podremos sentirle en sus obras, en sus efectos, pero en sí mismo jamás, porque no es sensible sino puramente inteligible. ¡Ah! dirá el incrédulo: bien está; pero aquí no se trata de Dios, precisamente como tal, sino de Jesucristo, Dios y hombre juntamente; y Jesucristo es visible, tangible como hombre dotado de verdadero cuerpo, aun en el estado glorioso en que hoy se encuentra. Pues, ¿no dijo Él mismo á sus atónitos apóstoles: *El espíritu no tiene carne y huesos como veis que yo los tengo*²? Sea enhorabuena, mis amados oyentes: hemos disipado ya nada menos que la mitad de la dificultad; la cuestión no es ya de que esté Dios presente en el Santísimo Sacramento, puesto que puede estarlo, y lo está efectivamente, sin que sea necesario verlo ni palparlo. Toda la dificultad, pues, se refiere á Jesucristo en cuanto hombre, á su cuerpo y sangre físicos y verdaderamente sensibles. ¿Cómo es que, estando allí, no los vemos ni sentimos? Á esto tengo más de una respuesta perentoria: primera, porque de que *pueda sen-*

¹ Is. 65, 15.

² Luc. 24, 39.

tirse un cuerpo no se sigue que por necesidad haya de *sentirse* siempre, aun supuesta la presencia del objeto á los sentidos; dado caso que Dios puede impedirlo, pues nadie negará que Dios puede hacer, milagrosamente, es cierto, pero en realidad de verdad, que un cuerpo no se vea ó no se palpe; y esto aun cuando el cuerpo esté en condiciones propias para ser visto ó palpado. Con mayor razón podrá Dios sustraer á nuestros sentidos un cuerpo que goza de condiciones suprasensibles, sobrenaturales, como son las que rodean á los cuerpos glorificados, y esto acontece al cuerpo sacrosanto de Jesucristo, real y verdadero, pero glorioso y dotado de cualidades incorpóreas, semejantes al modo de ser los espíritus. Pero á esta primera respuesta añado la segunda, cuyo desarrollo será el asunto del presente discurso; y es que así lo requería la sabiduría divina, no pudiendo manifestarse Jesucristo revestido de su propia forma en el Sacramento de la Eucaristía, por no consentirlo ni nuestro estado de viadores, ni su propio estado glorioso é imposible, ni finalmente la índole del espíritu cristiano. Ved aquí la materia de vuestra atención, etc. Ave María.

I.

3. No vemos, pues, á Jesucristo en la Eucaristía, porque, aunque está allí presente, como lo estaba sobre la tierra y lo está hoy en el cielo, no está, sin embargo, en condiciones en que puedan verle ó sentirle nuestros pobres sentidos. De éstos se engañan todos, menos el oído, cuando quieren juzgar por sí de la presencia real¹,

¹ Visus, tactus, gustus in te fallitur, sed auditui solo tuto creditur (S. Thom. in offic. SS. Sacram.).

porque á todos se les oculta, y solamente al oído se revela por medio de la palabra que trasmite la verdad á la razón¹. Tenemos que contentarnos con poseer á Cristo oculto debajo de extrañas apariencias que llamamos especies sacramentales, signos sagrados escogidos por Él mismo para representarle ó encubrirle, cuales son el pan y el vino. *Venid*, nos ha dicho, *comed el pan mio y bebed el vino que os he preparado*². Pero sabed, añade, que *el pan que yo os daré es mi propia carne*³, y *este cáliz es el nuevo Testamento sellado con mi sangre*⁴. ¿No tenemos con esta afirmación bastante para disfrutar tranquilos del don que nos ofrece? ¡Ah! pero ¿cómo resignarnos á no ver ni palpar aquella vianda deliciosa del cuerpo del Señor? ¿cómo contentarnos con comer á oscuras, aunque sepamos bien lo que comemos? Á eso yo os repito: no puede ser de otra manera, porque así lo exige nuestro estado presente de viadores.

4. *Ecce panis angelorum, factus cibus viatorum!*⁵
¡He aquí el pan de los ángeles, hecho alimento de los viajeros de la eternidad! ¿No lo entendéis aún? Es pan propio de ángeles, esto es, de seres bienaventurados, cuando no de espíritus puros; es manjar del cielo, néctar y ambrosía con que se regalan los felices comensales de Dios en el banquete de la gloria; y sólo por un efecto de la omnipotencia, puesta al servicio de la bondad divina, ese pan celestial se ha adaptado á los habitantes de la tierra, á los que van camino de la patria bienaventurada. Pero para esto era necesario un

¹ Auditus autem per verbum Christi (Rom. 10, 17).

² Prov. 9, 5. ³ Io. 6, 52. ⁴ 1 Cor. 11, 25.

⁵ Eccl. in sacr. liturg.

cambio de forma, no pudiendo ser gustado en la propia gloriosa por el hombre todavía terreno.

5. Estudiemos nuestra condición de viadores. Estamos en la vía, no en el término de la jornada; y caminamos, dice el Príncipe de los apóstoles, por una región repleta de tinieblas, y apenas alumbra nuestros pasos la tenue linterna de la fe¹. Nuestro estado es, pues de oscuridad, no de luz; de fe, no de visión. Á la vida presente sólo le corresponde el suspirar por la vista de la gloriosa faz de Dios, como el Profeta en la soledad de su destierro: *¿Cuándo iré y compareceré delante del rostro de Dios?*² ¿Cuándo se rasgará ese velo que me roba la vista de la hermosura soberana? ¿Cuándo veré, no sólo la esencia divina, foco de luz resplandeciente, cuya vista hace la bienaventuranza de todas las inteligencias, sino también el rostro amabilísimo y hermosísimo de Jesucristo, cuya humanidad gloriosa será, después de la vista del ser divino, el mayor encanto de aquel Edén colmado de delicias? ¡Ah! ¡cómo se retarda todavía esta hora dichosa! *¿Cómo se va alargando mi peregrinación en tierra extranjera!*³ «¡Oh buen Jesús! ¿cuándo estaré allá para verte? ¿cuándo contemplaré la gloria de tu reino? ¿cuándo serás para mí todo en todas las cosas?... Deseo gozarte íntimamente, pero no puedo todavía abrazarte ni poseerte.»⁴ Ahora bien, mis amados hermanos: ¿podríamos lanzar estos suspiros desde el valle del dolor, si poseyésemos á Jesucristo en la forma de su gloria entronizado en el altar? Dejaríamos entonces de ser viadores para tornarnos en dichosos comprensos, y la tierra trocaríase instantáneamente en

¹ 2 Petr. I, 19.

² Ps. 41, 3.

³ Ps. 119, 5.

⁴ Imit. Christi lib. III, cap. 48.

cielo. Exclamariamos, fuera de nosotros mismos, como el apóstol en la visión del Tabor: *¡Señor! bueno es permanecer aquí. Hagamos aquí nuestras tiendas*¹. ¿Para qué más cielo ni más gloria? ¿Y es esto posible, hermanos míos? ¿No sería esto el más lamentable trastorno de las situaciones humanas? Con razón afirma el evangelio que Pedro, al prorrumper en aquellas voces, *no sabía lo que se decía*². No sabemos, pues, lo que decimos ni lo que pensamos, cuando quisiéramos ver y tocar á Jesucristo en el Sacramento de su real presencia, siendo así que debe permanecer oculto, invisible é impalpable á nuestros sentidos, reservándose el descubrimiento de su gloria para otro estado más dichoso que el presente. Bien puede Dios, en el exceso de su amorosa condescendencia, descubrir tal cual vez á alguna alma predilecta una ráfaga de su claridad entre las sombras del altar, haciéndola ver á Jesús niño, ó crucificado, en la hostia consagrada, según verídicas historias lo atestiguan sin que la Iglesia prohíba crearlo así; esto, empero, no sería más que un relámpago fugaz concedido á nuestra flaqueza, pero no la interrupción del curso natural de las divinas disposiciones, según las cuales no debemos por ahora *ver*, sino *creer* y adorar.

6. Por otra parte, si Jesucristo no se hubiera escondido tras el velo de las especies sacramentales, dando así lugar á nuestra fe, ¿dónde estaría el mérito del creyente, y el pecado del incrédulo? Éste no existiría, es verdad, pero tampoco aquél, porque uno y otro serían videntes; mas, ¿qué mérito tendría confesar á quien se diese á conocer radiante como el sol de mediodía? ¿No dijo Jesús á Tomás: *Dichosos los que no vieron y creyeron*³?

¹ Marc. 9, 4.

² Ibid. 9, 5.

³ Io. 20, 29.

No es meritoria la confesión arrancada por la fuerza de la evidencia, porque al mismo Satanás le es forzoso reconocer á Dios y á Jesucristo¹, y mal de su grado ha tenido que exclamar: *Sé que eres el Santo de Dios*²; *Sé que has venido al mundo para mi perdición*³. El mérito, hermanos míos, supone libertad en el agente para obrar; y así, será meritoria la fe del que puede creer ó renegar, y escoge libremente lo primero, subyugando humildemente su razón á la palabra del Verbo. ¡Admirable misterio el de este asentimiento sobrenatural, suficientemente apoyado en motivos de credibilidad para no ser arbitrario, pero no bañado de tal claridad y evidencia que deje de ser libre! Lo que hoy pasa al espíritu cristiano con relación á la presencia real de Jesucristo en la sagrada Eucaristía, eso mismo pasaba á los que vieron y escucharon al Salvador peregrinando por la tierra. ¿Veían acaso en su persona los esplendores de la divinidad? No, ciertamente, pues en tal caso todos habrían caído de rodillas ante Él para adorarle, y de ningún modo le habrían ajusticiado en el Calvario⁴. ¡Cuántos, no obstante, no descubrieron debajo de aquella pobre vestidura de una humanidad del todo semejante á la nuestra⁵, oculta la Divinidad, y la adoraron? ¡Cuántos no dijeron de corazón como San Pedro: *Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo*⁶, ó como Tomás ya iluminado: *Señor mío y Dios mío*⁷! Ved aquí lo que hoy sucede, lo que tiene que suceder siempre en punto de verdades que la fe nos revela: son luz que brilla entre las sombras del misterio; ¡feliz el que tiene ojos para

¹ Iac. 2, 19.² Marc. 1, 24.³ Ibid.⁴ 1 Cor. 2, 8.⁵ Hebr. 4, 15.⁶ Matth. 16, 16.⁷ Io. 20, 28.

ver la luz, y no se deja ofuscar por las tinieblas! *¡Dichoso eres Simón, hijo de Juan, porque no la carne ni la sangre te ha revelado mi divinidad, sino mi Padre que está en los cielos!*¹

7. Pudo, pues, Jesucristo permanecer sobre la tierra entre los hombres, glorioso como está en el cielo, consolando á los viadores como regocija allá á los bienaventurados; pero, una vez que esto así fuese, hubo de quedar oculto á nuestros ojos y como disfrazado con el ropaje de extraños accidentes. Entre éstos, ¿cuáles había de escoger como más adecuados al fin que se proponía instituyendo el augusto Sacramento, sino los que escogió realmente: á saber, los de pan y vino, por más humildes que éstos fuesen? En efecto, proponíase nuestro amoroso Padre dotar á sus queridos hijos con el alimento de su propia carne y de su sangre engendradora de inmortalidad; y ¿qué otras especies más aptas para significar este designio de nutrición espiritual, que aquellas mismas que corresponden á la materia de la corporal nutrición, cuales son las especies de pan y vino? *Mi carne es verdadero manjar*, dijo el Señor, *y mi sangre es verdadera bebida*². *Si no comiereis la carne del Hijo del hombre y bebiereis su sangre, no tendréis en vosotros la vida*³. Era, pues, necesaria la manducación real de Cristo, y era éste el objeto principal de su mansión corporal entre nosotros; debía, por tanto, presentárenos bajo tales especies y accidentes cuales la manducación física requiere. Por eso, pues, el Verbo hecho carne convierte con una palabra lo que era verdadero pan en verdadera carne suya⁴; y lo que era vino,

¹ Matth. 16, 17.² Io. 6, 56.³ Ibid. 6, 54.⁴ Verbum caro panem verum etc. (Lit. sacra).

en su propia y verdadera sangre; pero, aunque destruye las sustancias, conserva todos los accidentes, bajo los cuales aquellas sustancias naturalmente se presentan y obran en nuestros sentidos. «Por tanto, exhortáanos el gran doctor San Cirilo de Jerusalén, no quería que mirases ese pan y ese vino sacramentales como simples y meras sustancias corpóreas, puesto que no son sino apariencias debajo de las cuales se encierra el cuerpo y la sangre de Cristo.»¹ Así nos lo asegura la fe apoyada también, según hemos visto, por la razón, que nos persuade no ser compatible la visión de Cristo glorioso con nuestra actual condición de viadores. Ni lo es tampoco con el estado del mismo Jesucristo glorificado á la diestra de su Padre, como vamos á ver en la segunda parte.

II.

8. ¡Vida gloriosa la de Cristo en el trono de su gloria! ¡Quién pudiera alcanzar á comprenderla! No es sólo la felicidad de su alma, la más inefable que puede imaginarse, la que constituye la gloria del Salvador en el reino que á tanta costa ha conquistado; es también la hermosura y bienestar de que goza el cuerpo sacratísimo que tanta parte tuvo en los combates y triunfos de la Redención, siendo él la hostia inmaculada del grande y eterno sacrificio. Claridad más brillante que la del sol, y más serena que la de las estrellas; sutileza y agilidad mayor que la del rayo; impasibilidad é incorrupción perfecta, mejor que aquella que se prometió á los primeros habitantes del paraíso en premio de su fidelidad; inmunidad, en fin, de los tiros de la muerte,

¹ Catech. mystag. 4.

que sólo por una vez tuvo poder sobre su vida, tales son, según la doctrina de las Sagradas Letras, las dotes relevantes de que está adornada la santa humanidad, trasladada de la tierra, teatro de combate, al cielo, lugar de triunfo y de reposo. *Cristo, pues, resucitado de entre los muertos, es incapaz de morir: la muerte no le volverá á sujetar á su imperio*¹. Pero he aquí, hermanos míos, que Jesús quiere morir otra vez. — ¡tan preciosa es á sus ojos la muerte sufrida por nosotros! — y no sólo una, sino mil veces quiere inmolar su vida, así gloriosa, por la honra de su Padre y la salud del mundo. ¿No os parece esto imposible, impracticable, como del todo incompatible con el estado glorioso del cuerpo de Jesús? Verdaderamente era digna de la sabiduría infinita y de la omnipotencia, la solución de un problema que sólo había podido plantear el infinito amor. ¡Sacrificarse Jesucristo ya glorioso! ¡inmolarse y morir el inmortal! Aquí sí cabe preguntar á toda la sabiduría creada: *¿Cómo puede esto verificarse?*² Ya sé que nada es imposible al que todo lo puede³, mientras no repugne á su misma esencia y á la esencia invariable de las cosas eternamente dependientes de la suya. Mas aquí parece estallar la contradicción abierta, pues se trata de juntar dos extremos que mutuamente se destruyen, muerte y vida, y, lo que más es, muerte y vida de un mismo orden, físico, del mismo sujeto que estará vivo y muerto, en un mismo sentido, al propio tiempo vivo en el cielo y muerto en el altar. ¿Cómo puede ser esto, aun siendo Dios omnipotente? Si Jesús, para inmolarse, no hubiera tomado otra forma, ocultando su presencia real bajo el velo de los accidentes, no sabemos cómo habría podido

¹ Rom. 6, 9. ² Io. 3, 9. ³ Luc. 1, 37.